
ARTÍCULO DE REFLEXIÓN

**Las alegorías de Platón: un método pedagógico
para la búsqueda del bien y el pensamiento crítico**

Plato's allegories: a pedagogical method
for the pursuit of the good and critical thinking

Roger Quispe Aguilar¹
UNSAAC

Recibido: 28.08.2025
Aceptado: 25.10.2025

Resumen

Este artículo analiza las principales alegorías de Platón, como la Caverna, el Sol, la Línea Dividida y el Carro Alado, como recursos pedagógicos orientados a la formación crítica y a la búsqueda del Bien. Se parte de la concepción platónica del Bien como Idea suprema y fundamento de la verdad y la justicia, mostrando cómo las alegorías traducen conceptos abstractos en narraciones comprensibles que guían al alma desde la ignorancia hacia la contemplación de lo verdadero. El estudio se apoya en fuentes clásicas y contemporáneas que destacan la vigencia de estas imágenes en la educación actual, especialmente frente a factores como la alienación cultural, el conformismo social, la ignorancia institucionalizada y la dependencia tecnológica, que mantienen a los individuos en niveles bajos de conocimiento. Se concluye que las alegorías platónicas constituyen un sistema pedagógico coherente, capaz

¹ 200338@unsaac.edu.pe
<https://orcid.org/0009-0001-2553-280X>

de renovar la enseñanza filosófica y de inspirar una práctica educativa crítica y liberadora, orientada hacia la justicia y la transformación social.

Palabras clave: Platón, alegorías platónicas, idea del bien, pedagogía filosófica, educación crítica

Abstract

This article analyzes Plato's main allegories — the Cave, the Sun, the Divided Line, and the Chariot — as pedagogical resources oriented toward critical formation and the pursuit of the Good. It begins with the Platonic conception of the Good as the supreme Idea and the foundation of truth and justice, showing how the allegories translate abstract concepts into comprehensible narratives that guide the soul from ignorance to the contemplation of what is true. The study draws on classical and contemporary sources that highlight the relevance of these images in current education, especially in the face of factors such as cultural alienation, social conformism, institutionalized ignorance, and technological dependence, which keep individuals at low levels of knowledge. It concludes that Plato's allegories constitute a coherent pedagogical system capable of renewing philosophical teaching and inspiring a critical and liberating educational practice, oriented toward justice and social transformation.

Keywords: Plato, platonic allegories, idea of the good, philosophical pedagogy, critical education

Introducción

La filosofía, desde sus orígenes, ha buscado no solo comprender la realidad, sino también transformar la vida humana mediante la educación y la reflexión crítica. Platón, consciente de que el conocimiento no puede transmitirse únicamente a través de definiciones abstractas, recurrió a las alegorías como método pedagógico capaz de guiar al alma desde la ignorancia hacia la verdad. Estas imágenes de la Caverna, el Sol, la Línea Dividida y el Carro Alado

constituyen un sistema narrativo que traduce conceptos complejos en experiencias comprensibles, orientando la formación hacia la Idea del Bien.

El presente artículo tiene como propósito analizar dichas alegorías en su dimensión pedagógica, mostrando cómo se articulan en un proyecto educativo que busca liberar al ser humano de la ignorancia y conducirlo hacia la justicia. A la vez, se propone actualizar su mensaje en el contexto contemporáneo, donde factores como la alienación cultural, el conformismo social, la ignorancia institucionalizada y la dependencia tecnológica mantienen a los individuos en niveles bajos de conocimiento. En este horizonte, la pedagogía platónica se revela como una invitación a cultivar la disciplina interior y el pensamiento crítico, condiciones necesarias para alcanzar la liberación y orientar la vida hacia el Bien.

1. El bien

Desde que el ser humano tomó conciencia de sí mismo, surgió la pregunta por lo que está bien y lo que está mal. Esa inquietud constituye el núcleo de la reflexión ética y filosófica. El Bien aparece como horizonte que orienta la acción, tanto en la vida individual como en la convivencia social. A lo largo de la historia, desde las primeras narraciones en Egipto y Mesopotamia hasta los mitos griegos y otras tradiciones, ya se distinguía entre el bien y el mal como fuerzas que daban sentido a la existencia. Con los primeros filósofos clásicos, esta pregunta se convierte en reflexión racional: el Bien deja de ser solo relato mítico y se transforma en problema filosófico. En todas sus formas, el Bien se reconoce como aquello que da dirección y fundamento a la vida humana.

Platón (2005) sostiene en *La República* que el Bien es la Idea suprema, más allá del ser, que otorga verdad a lo cognoscible y sentido a la vida filosófica, convirtiéndose en fundamento de la justicia y de la educación del alma. Aristóteles (1998), en la *Ética a Nicómaco*, afirma que el bien es aquello a lo que todas las cosas tienden y que el fin último del hombre es la felicidad (eudaimonía), entendida como actividad racional conforme a la virtud, donde la excelencia se alcanza en el justo término medio. Agustín de Hipona (2003), en *De natura boni*, declara que

todo ser, en cuanto ser, es bueno y que el bien supremo es Dios, del cual todo lo existente participa en la medida en que existe; visión que Tomás de Aquino (2001) profundiza en la Suma Teológica al señalar que el bien se identifica con el ente y que la finalidad última del hombre es la bienaventuranza, consistente en la contemplación de lo divino. Kant (2003), en la Fundamentación de la metafísica de las costumbres, replantea la cuestión al afirmar que no es posible pensar nada en el mundo, ni siquiera fuera de él, que pueda ser considerado como bueno sin restricción, excepto una buena voluntad, ligando el Bien al deber moral y a la autonomía de la razón práctica. En la filosofía contemporánea, el debate oscila entre el relativismo —como en Rorty (1989), que entiende el Bien como construcción cultural contingente— y el universalismo, defendido por Nussbaum (2006), que lo vincula a valores humanos compartidos como la dignidad y la justicia.

En la perspectiva platónica, el Bien posee una dimensión existencial, pues representa la vida lograda en plenitud, aquella en la que el alma se orienta hacia lo más alto y encuentra sentido en la contemplación de lo verdadero. Tiene también una dimensión social y política, ya que el Bien es el criterio que ordena la polis y legitima la justicia, de modo que la comunidad solo puede ser justa si se orienta hacia él. A la vez, el Bien es inseparable de la educación, porque nadie puede alcanzarlo sin un proceso de formación que libere al alma de la ignorancia y la conduzca hacia la verdad; de ahí que Platón recurra a las alegorías como método pedagógico para guiar al ser humano en ese camino. Finalmente, el Bien se presenta como horizonte universal, principio que ilumina todas las demás Ideas y que, al estar más allá del ser, constituye el fundamento último de la verdad y la justicia, aquello que da dirección y sentido a toda existencia humana.

2. Alegoría y pedagogía

Platón concibe que la educación del alma no puede limitarse a definiciones abstractas, sino que requiere de un método capaz de guiar al ser humano desde la ignorancia hacia la contemplación del Bien. En este sentido, las alegorías cumplen una función pedagógica esencial, pues mediante imágenes y relatos simbólicos permiten que el pensamiento se eleve

gradualmente desde lo sensible hacia lo inteligible. Como señala Vargas (2021), la alegoría no debe entenderse únicamente como un recurso creativo, sino como un proyecto pedagógico que dinamiza el proceso de enseñanza-aprendizaje y convierte al estudiante en protagonista de su formación.

Gallo González, Medina Peña y Medina de la Rosa (2019) refuerzan esta idea al destacar que las alegorías platónicas, especialmente la de la Caverna, siguen siendo vigentes en la era del conocimiento, porque funcionan como metáforas críticas frente a la manipulación de la información y la alienación contemporánea. En su análisis, la alegoría se convierte en una herramienta cognitiva que permite distinguir entre apariencia y verdad, mostrando su utilidad para formar ciudadanos capaces de pensar críticamente en contextos saturados de discursos mediáticos.

Por su parte, García Casanova (2010) aporta el marco general del pensamiento pedagógico de Platón, subrayando que la educación es un proceso integral de transformación del alma orientado hacia el Bien. La filosofía, en este horizonte, se convierte en núcleo pedagógico inseparable de la ética y la justicia, y las alegorías aparecen como recursos narrativos que, insertos en la paideia, guían al ser humano hacia la verdad. De este modo, la pedagogía platónica se fundamenta en la capacidad de las imágenes simbólicas para transformar la conciencia, mostrando que el camino hacia el Bien exige tanto el ejercicio racional como la guía narrativa que ilumina el proceso educativo.

Así, las alegorías no son adornos literarios, sino instrumentos formativos que integran la paideia, orientan la vida ética y fortalecen la comunidad política. En ellas se condensa la convicción de que la educación es liberación y construcción de ciudadanía crítica. Cada alegoría concreta, desde la Caverna hasta el Mito de Er, constituye un ejercicio narrativo que traduce la filosofía en pedagogía viva, mostrando que el camino hacia el Bien exige tanto la razón como la imaginación crítica.

3. Alegorías de Platón

3.1. Alegoría de la Caverna

En el libro VII de La República, Platón presenta la alegoría de la Caverna como una de las imágenes más poderosas de la filosofía. Allí describe a unos prisioneros que «se encuentran desde niños en una caverna, con las piernas y el cuello encadenados, de modo que solo pueden mirar hacia delante» (514a). Esta escena inicial simboliza la condición humana atrapada en la ignorancia y dependiente de las apariencias.

Carlino Iván Morinigo (2015) subraya que la Caverna debe entenderse más como una alegoría que como un mito, pues su función es explicar de manera pedagógica la teoría del conocimiento: el tránsito del mundo sensible al inteligible. En este sentido, la narración no es un adorno literario, sino un recurso didáctico que traduce conceptos abstractos en imágenes comprensibles.

El proceso de liberación del prisionero muestra que la educación es gradual y exige esfuerzo. Platón señala que «al principio se irritaría y volvería a las cosas que puede mirar, convencido de que éstas son más claras que las que se le muestran» (515e). Vargas (2021) interpreta este pasaje como evidencia de que la alegoría es un proyecto pedagógico que convierte al estudiante en protagonista de su aprendizaje, invitándolo a descubrir el sentido oculto detrás de las narraciones.

La salida hacia la luz culmina en la contemplación del Sol, metáfora de la Idea del Bien: «al final podrá contemplar el Sol, no su reflejo en el agua, sino el propio Sol en su lugar» (516b). Para García Casanova (2010), este momento revela la dimensión ética de la pedagogía platónica, pues la educación no se limita a transmitir conocimientos, sino que busca transformar el alma y orientarla hacia la justicia.

Finalmente, Gallo González, Medina Peña y Medina de la Rosa (2019) destacan la vigencia contemporánea de la Caverna, al mostrar cómo la manipulación de la información y la alienación mediática reproducen las sombras que engañan a los prisioneros. La alegoría se convierte así en una herramienta crítica para formar ciudadanos capaces de distinguir entre apariencias y verdad.

En conjunto, la Caverna condensa la convicción platónica de que la filosofía es inseparable de la educación: liberar al alma de la ignorancia, guiarla hacia el Bien y fortalecer la conciencia crítica frente a las apariencias. En la edad moderna, estas sombras pueden interpretarse como un «Bien» enmascarado por la ignorancia. Tal como advierte Morinigo (2015), la alegoría explica cómo la ignorancia nos hace ver un mundo irreal y no verdadero. Esta ceguera se reproduce incluso en instituciones educativas, donde lo que afirma el docente se convierte en verdad absoluta y las voces críticas de los estudiantes son opacadas. Gallo González, Medina Peña y Medina de la Rosa (2019) muestran que la manipulación de la información y el poder económico generan nuevas sombras que distorsionan la realidad, mientras Vargas (2021) recuerda que solo una pedagogía activa puede devolver protagonismo al aprendiz. En este contexto, la tecnología y los medios de comunicación multiplican apariencias que consumen nuestra atención y celebran lo trivial, debilitando la meritocracia y reforzando estructuras de poder.

Frente a ello, la enseñanza platónica cobra renovada vigencia: cultivar una mentalidad crítica y una búsqueda constante del saber es el único camino hacia el Bien auténtico, fin último de la filosofía y la educación según Platón y los clásicos.

3.2. La Alegoría del Sol

En el libro VI de La República, Platón recurre a la imagen del Sol para explicar la naturaleza de la Idea del Bien. Así como el Sol es causa de la luz y hace posible la visión y la existencia de los objetos visibles, el Bien es causa de la verdad y del conocimiento. Platón afirma que el

Sol es «el hijo del Bien» (509b), metáfora que muestra cómo el Bien ilumina la mente y permite comprender la realidad.

Sergio Falvino (2012) señala que la imagen del Sol no debe entenderse de manera aislada, sino en relación con la Línea Dividida y la Caverna, formando un sistema pedagógico coherente. El Sol representa el Bien como fundamento último de la inteligibilidad; la Línea organiza los niveles del conocimiento, y la Caverna muestra la condición humana atrapada en la ignorancia. En conjunto, estas alegorías revelan que la educación es un proceso de ascenso hacia la contemplación del Bien, principio supremo de la filosofía.

Desde una perspectiva contemporánea, el Bien puede interpretarse como una meta que solo se alcanza mediante la búsqueda constante del saber. El Bien no se recibe pasivamente, sino que exige un esfuerzo independiente: estudiar, leer y cultivar hábitos que fortalezcan tanto la mente como el cuerpo. Alcanzar el Bien implica también intentar hacer el bien en nuestras acciones, buscar la paz interior, amar lo que hacemos y encontrar un sentido de vivir. Solo así, como enseñaba Platón y recuerdan los filósofos clásicos, el fin último de la educación y de la vida es el Bien, y en él se encuentra la verdadera felicidad.

3.3. La Alegoría de la Línea Dividida

En el libro VI de La República (509d-511e), Platón introduce la alegoría de la Línea Dividida para explicar los grados del conocimiento y su relación con la realidad. Imagina una línea cortada en dos segmentos desiguales: uno corresponde al mundo visible y otro al inteligible. Cada segmento se subdivide nuevamente, dando lugar a cuatro niveles de aprehensión:

- . Eikasía (Imaginación): el nivel más bajo, donde el alma se limita a percibir sombras, reflejos e imágenes.
- . Pistis (Creencia): corresponde a los objetos sensibles —animales, plantas y cosas fabricadas— que se aceptan como reales sin cuestionar su esencia.

. Diánoia (Pensamiento discursivo): el alma utiliza hipótesis y razonamientos, como en la geometría, pero aún depende de imágenes o supuestos.

. Nóesis (Inteligencia pura): la contemplación directa de las Ideas, especialmente la Idea del Bien, sin necesidad de hipótesis ni apoyos sensibles.

La Línea Dividida muestra que el conocimiento no se alcanza de golpe, sino mediante un proceso gradual que va desde la imaginación hasta la inteligencia pura. Como señala Falvino (2012), este esquema es el puente que organiza los niveles de saber y prepara al alma para la contemplación del Bien, mientras que Varó Peral subraya su función pedagógica: ordenar los grados de conocimiento y guiar al estudiante en su ascenso. En la actualidad, la Línea puede interpretarse como una advertencia frente a nuestra tendencia a permanecer en los niveles más bajos —como la imaginación y la creencia— dominados por la influencia de la tecnología y los discursos de poder. Solo mediante hábitos de estudio, reflexión independiente y búsqueda constante del saber podemos superar esas apariencias y alcanzar un conocimiento más auténtico.

3.4. Alegoría del Carro Alado

En el Fedro, Platón describe el alma mediante la alegoría de un carro alado conducido por un auriga. «El alma se parece a una fuerza que lleva un carro alado y a su auriga» (246a). El auriga representa la razón, encargada de guiar y gobernar las fuerzas internas del ser humano. El carro está tirado por dos caballos: uno noble y obediente, símbolo del espíritu que impulsa hacia lo divino; y otro rebelde e indócil, que encarna los apetitos y deseos que arrastran al alma hacia lo sensible. La tarea del auriga es mantener el equilibrio y conducir el carro hacia la contemplación de las Ideas, especialmente la Idea de Belleza, que eleva al alma hacia lo eterno.

Esta alegoría muestra que la educación y la filosofía no son procesos pasivos, sino una lucha constante por dominar las fuerzas internas que pueden desviarnos del camino. El alma que logra armonizar sus caballos se eleva hacia lo inteligible; la que fracasa cae y se ve atrapada

en lo terrenal. Como señala Magnone (2012), la metáfora del carro revela la tensión constitutiva del alma humana y la necesidad de disciplina para alcanzar la liberación.

Desde una perspectiva contemporánea, la alegoría del carro alado conserva plena vigencia. En muchos países, especialmente en contextos subdesarrollados, los seres humanos seguimos siendo arrastrados por fuerzas que mantienen al alma en la ignorancia.

Alienación cultural: Rahel Jaeggi, en *Alienation* (2005), sostiene que la alienación no es simplemente una pérdida subjetiva, sino una forma de vida distorsionada que impide la autorrealización. En este sentido, la cultura reducida al consumo y a la satisfacción inmediata de deseos banales refleja cómo la alienación cultural limita la capacidad de orientar la existencia hacia fines más altos.

Conformismo social: Herbert Marcuse, en *El hombre unidimensional* (1964), denuncia cómo las sociedades industriales avanzadas producen individuos incapaces de trascender el sistema, atrapados en un conformismo disfrazado de libertad. La razón instrumental y la lógica del consumo suprimen la crítica y la imaginación, generando un sujeto dócil que acepta lo establecido sin cuestionamiento.

Ignorancia institucionalizada: Paulo Freire, en *Pedagogía del oprimido* (1970), critica la «educación bancaria», que convierte a los estudiantes en receptáculos pasivos de información y reproduce estructuras de dominación. Esta forma de enseñanza institucionaliza la ignorancia, pues impide el diálogo y la reflexión crítica, manteniendo al ser humano encadenado a las sombras de la caverna.

Dependencia tecnológica: Albert Borgmann, en *Technology and the Character of Contemporary Life* (1984), introduce el concepto de «paradigma del dispositivo», mostrando cómo la tecnología organiza la vida en torno a un consumo fácil y sin esfuerzo, debilitando la experiencia significativa y la disciplina interior. La dependencia tecnológica multiplica

apariencias y distrae la atención hacia lo trivial, reforzando la superficialidad en lugar de la búsqueda de lo verdadero.

La alegoría del carro alado nos recuerda que alcanzar la liberación exige disciplina interior: estudiar, reflexionar, cultivar hábitos sólidos y tener el valor de desafiar lo establecido. Solo cuando el auriga de la razón logra dominar las fuerzas del alma podemos desarrollar nuestro verdadero potencial y orientarnos hacia la verdad y el Bien.

Conclusiones

El análisis de las alegorías platónicas —la Caverna, el Sol, la Línea Dividida y el Carro Alado— permite comprender que la filosofía, desde sus orígenes, no se limita a la especulación abstracta, sino que constituye un proyecto pedagógico orientado a la transformación de la vida humana. Platón entendió que el conocimiento verdadero no podía transmitirse únicamente mediante definiciones, sino que requería de imágenes narrativas capaces de guiar al alma en un proceso gradual de liberación. Estas alegorías, lejos de ser adornos literarios, conforman un sistema pedagógico coherente que articula la búsqueda del Bien con la formación ética, política y espiritual del ser humano.

En el recorrido por cada alegoría se revela un aspecto esencial de la educación: la Caverna muestra la necesidad de romper con las apariencias y cultivar una conciencia crítica; el Sol ilumina la mente y orienta hacia la verdad como fundamento último; la Línea Dividida organiza los grados del conocimiento y advierte sobre la tentación de permanecer en los niveles más bajos; y el Carro Alado simboliza la disciplina interior que armoniza las fuerzas del alma y conduce hacia lo eterno. En conjunto, estas imágenes configuran una pedagogía viva que integra razón, imaginación y ética en la formación del individuo.

La vigencia de este sistema se hace evidente al confrontarlo con los factores que hoy mantienen a los individuos en la ignorancia: la alienación cultural, que reduce la vida a la satisfacción inmediata y al consumo de apariencias; el conformismo social, que nos lleva a

aceptar sin crítica lo establecido; la ignorancia institucionalizada, que reproduce pasividad en la educación; y la dependencia tecnológica, que multiplica apariencias y distrae la atención hacia lo trivial. Frente a estas fuerzas, la pedagogía platónica se presenta como una invitación a cultivar la disciplina interior, el pensamiento crítico y la búsqueda constante del saber.

Así, las alegorías de Platón no solo iluminan el camino hacia el Bien en el horizonte clásico, sino que también interpelan los desafíos contemporáneos. Su mensaje es claro: la educación es liberación, la filosofía es inseparable de la justicia, y el Bien constituye el horizonte último que da sentido a la existencia humana. Recuperar estas enseñanzas significa renovar la práctica educativa y filosófica, orientándola hacia la construcción de una ciudadanía crítica y hacia la transformación social. En ellas se condensa la convicción de que solo mediante el esfuerzo de pensar, cuestionar y disciplinar el alma podemos alcanzar la verdadera libertad y orientar la vida hacia lo más alto.

Referencias

Agustín de Hipona. (2003). *De natura boni*. Biblioteca de Autores Cristianos.

Aristóteles. (1998). *Ética a Nicómaco*. Gredos.

Borgmann, A. (1984). *Technology and the character of contemporary life: A philosophical inquiry*. University of Chicago Press.

Falvino, S. (2012). La escala, la línea y la imagen del sol: Los fundamentos protológicos de la idea de bien en Platón. *Stylos*, 21, 71–84.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Gallo González, M., Medina Peña, R., & Medina de la Rosa, R. (2019). Las alegorías platónicas y la enseñanza contemporánea: Metáfora en la era del conocimiento. *Conrado*, 15(67), 327–334.

García Casanova, M. G. (2010). El pensamiento pedagógico de Platón. *Revista Española de Pedagogía*, 68(247), 5–22.

Jaeggi, R. (2005). *Alienation*. Columbia University Press.

Kant, I. (2003). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Alianza.

Magnone, P. (2012). *La alegoría del carro del alma en Platón y en la Katha Upaniṣad*. Universidad Nacional de Mar del Plata.

Marcuse, H. (1964). *One-dimensional man: Studies in the ideology of advanced industrial society*. Beacon Press.

Morinigo, C. I. (2015). Platón y el mito de la caverna. *Minerva Magazine of Science*.

Nussbaum, M. (2006). *Las fronteras de la justicia: Consideraciones sobre la exclusión*. Paidós.

Platón. (2005). *La República*. Gredos.

Platón. (s. f.). *Fedro* (246a–254e).

Rorty, R. (1989). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós.

Tomás de Aquino. (2001). *Suma teológica*. Biblioteca de Autores Cristianos.

Varó Peral, Á. (s. f.). *Platón: Teoría del conocimiento*.

Vargas, H. (2021). Alegoría: Un proyecto pedagógico que va más allá de la creatividad. *Revista Kaminu*, 1(2), 45–52.